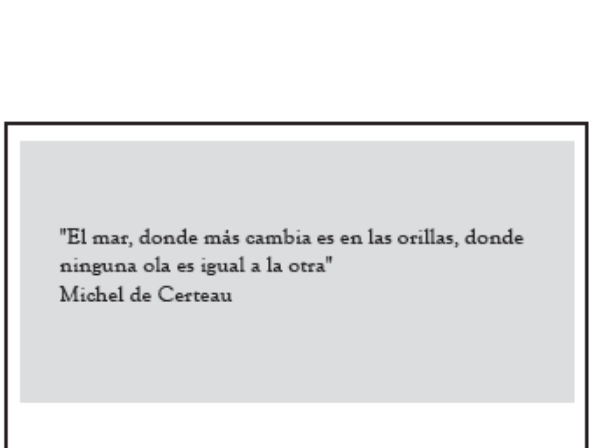
"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

NÚMERO

4

Febrero 1993

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

El templo de los sacerdotes enanos. José León Sánchez



Y este es México, la tierra de mil novelas por escribir. Allá, sóbre los nopales, el Cerro de Metepec y abajo en el Valle de San Juan, está Teotihuacán, la Ciudad de los Dioses.

La batalla más importante en la Invasión de Tenochtitlan se gestó en este valle llamado de Otumba. Cortés, Capitán de Castilla (tratadme con esmero y respeto —nos murmura su fantasma en el tiempo— pues ya lo sabéis, soy un personaje cervantino, estoy en El Quijote).

Cortés acosado por el ejército azteca y por consejo de una mujer española, formó en flecha sus diez caballos, atravesó la linea defensiva de los guerreros y se dirigió en exclusiva hasta el Capitán Azteca que portaba el estandarte de la capitanía. Y ahí terminó una de las batallas más extrañas en la historia de la guerra. Y ahí empezó la agonía de Tenochtitlan y también en este valle se inició la escritura de otra historia del mundo.

Allá lejos están los volcanes desde donde los españoles sacaron los materiales para hacer su pólvora. Alrededor, lo que fue una gran ciudad con 10 kilómetros junto del Gran Templo del Sol y de la Luna (denominados por victimología cultural pirámides del sol y la luna). En verdad en México nunca existió la pirámide.

Desde el lugar donde hoy me encuentro, Cerro de Metepec, se divisa todo el Valle de Texcoco y de no ser esa corona de humo también podríamos ver lo que fue cuna de la Gran Tenochtitlan, la ciudad más grande del mundo en el año 1519. Seguimos bajando, multitud de trabajadores —hombres, mujeres, niños con cara de tiempo— se inclinan sobre la cosecha del nopal y bajando llegamos hasta un pueblecito hamacado por los siglos: San Nicolás de Ostotipac. Y es aquí en este lugar donde se encuentra el único convento construido en el mundo, en la lejania del siglo XVII, por cuatro monjes franciscanos que eran enanitos...

Por su baja estatura ellos decidieron construirlo a medida de su capacidad; Fray Armenio Medina y Pompan, prior y cancerbero de esta joyel del siglo XVI nos dice con nostalgia:
—Es una Joya pero nos visita muy poca gente... pos ya usted ve que millones de turistas se dirigen allá donde están las pirámides que asombran desde siempre a la humanidad.

Las edificaciones son sumamente reducidas en lo que sería o es una dimensión arquitectónica.

El Altar Mayor de Nuestra Señora Santa Mana de Ostotipac es como un retablo para el juego de muñecas. En cada una de sus bases se ha pintado un hombre y una mujer:
—Fueron los dueños de la hacienda y benefactores de los monjes enanos que administraron un ministerio religioso sobre dos mil hectáreas.

El Cordón Franciscano está presente en muchos detalles del edificio. También en el centro del convento existe un diminuto cementerio, un parquecito de rosas y ya no da lugar para enterrar a nadie más.

Ahí descansan para siempre los cuatro arquitectos franciscanos que un día se reunieron para diseñar y construir este edificio único en las hermosas reliquias del orbe.

Este caserío pertenece al Valle de San Juan de Teotihuacán, famoso en todo el mundo por la cita del Padre Guardián.

—Muy poca gente visita nuestras ruinas en Ostotipac, palabra que en idioma azteca significa lugar de tierra roja.

Tierra rojas y miles de cuevas



Hoy los indios —más pobres que la pobreza — habitan dentro de casas-cuevas que antaño eran habitadas por los osos. Era un mundo de osos que vivían por miles en las cuevas que rodean los cerros.

Los sacerdotes enanitos tenían que defenderse de los indios y los osos y por eso construyeron troneras y sus diminutas ventanas están hechas como calcos de las amenazantes troneras de los castillos medioevales del horizonte castellano, hermanos de los molinos cervantinos.

En el patio se observa una de las cruces más primitivas y auténticas del arte mexicano: escultores aztecas ignorados, las tallaron bajo la mira de los monjes enanos y "tan enanos que el mayor media un metro con treinta centímetros".

—Aquí habitaron los cuatro frailes enanos hasta que se fueron muriendo —uno a uno — y el convento, huerto, capilla, quedó en el abandono por cientos de años. Regresaron los osos hasta que un día la Dirección de Turismo la reconstruyó.

—Qué extraño, no he encontrado este hermoso lugar en los programas de las Agencias de Turismo.

El Fraile que cuida con fervoroso amor el lugar vuelve la mirada a los inmensos templos que se perfilan sobre las siembras de los cactos y no me responde. Ni hace falta. Hoy como que todo ha regresado: la plaza para bendecir a los indios y el ganado y las criptas con 1as cuatro estaciones del vía crucis.

Una muralla rodea al templo con enormes huequerones aquí, acuyá y hasta donde se inicia el cerro de tierra colorada:

—Llegó la Caballería de Zapata al grito de tierra y libertad y a cañón limpio destrozaron la muralla.

—¿Sabía usted que el grito de guerra de Zapata la tierra es para quien la trabaja está en las páginas de San Pablo?

—No, en verdad, no lo he sabido.

Los corredores en los que hay que inclinar la cabeza para caminar, están llenos de frescos con temas religiosos que se han mantenido como un reto a los tiempos. Se camina por uno de los corredores y de repente se topa con esta puerta que sobresale del piso y es que los "enanitos arquitectos" improvisados como no dominaban bien el arte de construir, hicieron fallas enormes en la arquitectura.

Ostotipac es un pueblecito típicamente mexicano como uno de ellos en los que me gustaría morir y que mis huesos confundidos por el viento fueran para siempre una parte de esta tierra colorada. Las casas son por lo general de adobe y pasto. Son las palabras del cancionero revolucionario zapatista. Hemos estado de visita en la Hacienda Ostotipac que es de propiedad particular y no abundan los turistas. Nuestro guia, don Francisco, cuenta que él ha invitado hasta este lugar a personas ilustres:

—El Principe Carlos de Inglaterra, el Presidente Kennedy, Bernardo de Holanda y el Presidente de Alemania.

Las calles de Ostotipac están protegidas por bardas de piedra y cactos. El pueblo no ha pasado del tamaño que le dieron sus fundadores sacerdotes enanos. Existe una sola tienda y carece de luz eléctrica. Lo más nuevo es una escuela que se construyó en tiempo del siglo XVII. Nos encontramos la fecha en que fue terminado el templo de San Nicolás de Ostotipac: Primavera de 1670.

Nos llama la atención el babtisterio. El jardincito que fue la huerta privada de los monjes. Las puertas no son del tamaño de la nuestras: estas miden como dos metros de alto máximo, que tal es la medida del atrio principal.

Existe un balcón desde donde se oficiaba la misa y era obligatorio que asistieran los indios, sus burros, las cabras, las gallinas y los perros. Lo anterior lo aprendimos alguna vez del Maestro Novo, ese maravilloso mentiroso de la crónica mexicana que por algo fue el más enciclopédico entre los grandes Cronistas de la Ciudad.

También dentro de la iglesia existen frescos de San Agustín, San Francisco de Asís, San Esteban y sus flechas que parecen púas del cordón. Las dimensiones del templo son seis metros de largo por tres metros de ancho y esa es la nave central de la iglesia. Se ven pinturas de ángeles con vestidos romanos y cascos de gladiador. En esta esquina era donde se inclinaban las viudas para mascar sus rezos incontenibles como el pio-pio de los poIluelos nacidos ayer. Al frente, sobre el altar mayor, una cruz típica mexicana formada de rosas y claveles mustios. Y a un lado el Cristo tremendo y doloroso de la liturgia en el sincretismo de esta nación formada por mil pueblos extraños. Las gradas son pequeñitas y a un lado, los confesionarios como cajas de muñecas para la meditación.

Las celdas donde los hermanos dormían casi no se puede estar de pie y sus puertas son tan pequeñas que por ahí no podían entrar ni los osos malos ni los indios rebeldes. Tanto la celda mayor como la biblioteca miden cuatro pasos de lado por tres de fondo.

—Así de chaparritos eran ellos, anota don Francisco.

La construcción de la iglesia es barroca. El artesonado del altar y así las pinturas son mexicanas. En todos lados impera el azul camacho, color clásico de los mexicanos precolombinos. Y además el color pulque, tono mamey rosa pálido. Rosa y azul eran los colores predilectos de los artistas aztecas antes de la presencia de Hernán Cortés en estas tierras.

Es un encanto observar el púlpito pequeñito y lo mismo el Santo Sepulcro, como para albergar también a un Cristo que fuera enano.

En la Revolución de 1910, que costó a México un millón de muertos, también iban a victimizar este bello rincón de San Nicolás de Ostotipac y así el resto de las haciendas en el Valle de Teotihuacán. Casi todas las reliquias del pasado en una u otra RECIBIERON ALGÚN IMPACTO DE METRALLA O CAÑON.

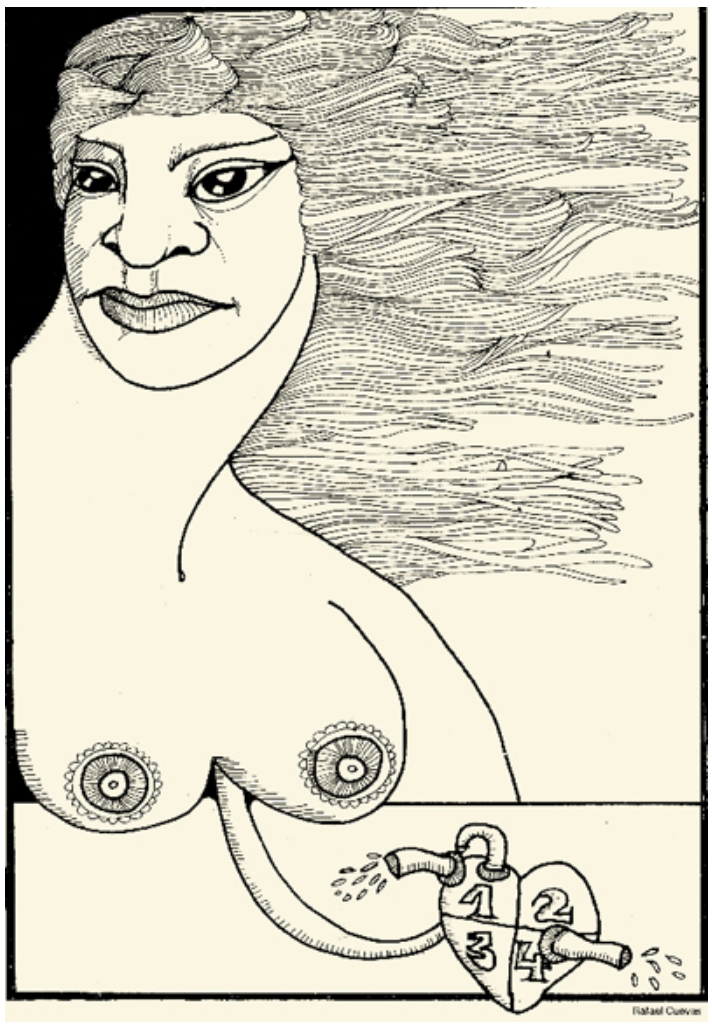
En la puerta de la iglesia nos encontramos a una niña que viene a dejar un ramo de rosas tenues a la Virgen:

—¿Cómo es la historia de este templo tan chaparrito?
—Pues mire usté, no más que hace cuatro mil años llegaron los hermanos franciscanos, metieron a los hombres y a la mujeres en prisiones y después hicieron esta iglesia.
—¿Y por qué tan pequeña?
—Pos... eso solamente Santa María de Ostotipac lo puede saber.
—¿Quién fue Santa María de Ostotipac?
—Ah, pos nosotros en este pueblo... no lo sabemos...
—¿Cuál es tu pueblo?
—San Nicolás de Tiplac.

Y es asi San Nicolás de Ostotipac, pueblo diminuto como diminutos fueron sus pobladores. Usted puede contar bardas, nopales y casitas de adobe e indias pobres como la pobreza misma que viven en cuevas de tierra roja.

Poco se sabe de los sacerdotes enanos pero su obra está entre las maravillas del mundo. Allá la imponente visión de un mundo incomparable para recreo de los Dioses y a tiro de piedra San Nicolás de Ostotipac, pueblecito pequeño donde existe este convento de muñecos donde hace muchos años los sacerdotes enanos acumularon oraciones en la palma de sus manos para luego soplarlas hasta el regazo de Dios.

Tres poemas de amor. Carlos Francisco Monge



Como de un álbum viejo

¿Recuerdas que querías ser una margarita
suspendida y añosa
en los vitrales de un amor sin sol?
Pero no fue posible: los pozos encantados
subieron a tu piel,
los aguafuertes de la noche huyeron
de los viejos rincones,
y tu lumbre de urgencias
jamás se deshojó.

Este paisaje de hoy que se agazapa,
estos signos inmóviles que se afilan de pronto,
a sotavento irán, y tú a salvarlos
por un instante más de la miseria.
La voz de cada historia suspendida en tus manos,
esas palabras grises,
el aluvión de enigmas que a tu sombra
no han podido enraizar: todo lo cifro
en ese movimiento ya gozado, imprevisto
por tus itinerarios.
Y te escribo y me escribo. Deshojando el amor,
curando el territorio ya destruido,
rasgando el eucalipto de donde correrán
aguas de tinta y sol.
Yo te miro y me escribes: deshojando el silencio,
como la margarita
que seremos tú y yo cuando el lenguaje
con el tiempo, cansado, se disipe.

La cancela

Anda, juguemos al amor,
rebocemos el cuenco,
dame el temblor, tus prevenidas sombras,
el arte de la noche
que entre tus movimientos se despierta.

Ya no el silencio despiadado
de los días oscuros,
ya no el despeñadero de los actos injustos;
quiero el río de tus furias,
el ángel marinero que levanta
tu estatura y sus puertas,
el árbol que encontré, cuando galeote y náufrago,
en tus vertientes.
Anda, que los colores pasan como duendes,
como adelfas acaso,
y yo los quiero
para una esquina de tu bosque en llamas.

Soy la avutarda, el lince,
un fauno que perdido entre tus cauces sube,
alguna danza antigua,
una osamenta contra el tiempo, una fecha
casi desconocida; dímelo tú. No importa.
Pero ven a la fiesta, al vendaval,
y dejemos abierta la cancela, que la arena del miedo
no pasará, no pasará. Juguemos.

Mano nocturna

Estos poemas que yo guardo aquí, entre mis papeles,
bajo noticias, estaciones, cartas,
discursos verdaderos donde escondo mis ansias,
ya no son para ti. Ellos nos mienten.
Ellos saben que tú no eres más cierta
que su tinta de estaño,
y ríen pues soy, yo el que los amo,
su fantasma querido.
Yo los predigo y tú, casi en las sombras,
desvaneces su aroma,
los destruyen tus ojos, y otras manos
van tras ellos jadeando para asir sus estambres
de papel y ruinas.
Llámame tú, y acudiré escapando
de mis torpes costumbres;
llámalos tú y te negarán subiendo
como locos tornados,
cerrándote las puertas, rencorosos,
palabras sin palabras,
abriendo territorios que jamás aprendimos.
No los toques jamás, son una rosa
donde el viento y el tiempo
también son los fantasmas de esta mano nocturna
que ahora se desvanece en este abismo
del papel y las letras,
quizá como tú vives.